

poquísimas personas lo poseen, y sin embargo, sería de desear que se le difundiese, y particularmente en los campos.....

—¡ Oh! soy del mismo sentir que vos, mi buen señor, dijo el pastorcillo, interrumpiendo al eclesiástico; y la prueba es, que si el amo oyera con frecuencia lo primero de los linderos que me habeis dicho, no se encoleziría tan á menudo, y yo.... yo.... seguramente, como lo dice ese libro, pondré un freno á mi lengua y no hablaré ya mal de nadie.

—Y harás bien, añadió el sacerdote levantándose.

—¿ Pues qué, ya os vais? dijo el párbulo pesaroso.

—Están dando las doce; voy á comer.

—Dispensadme una palabra mas, dijo el pastorcillo, deteniendo al canónigo, con la familiaridad de la infancia, de la orilla de su segunda túnica:—¿ Ese secreto de saber leer se os vino por ventura solito?

—Amiguito, me lo enseñaron.

—¿ Os enseñaron á leer? replicó el chico.

—Sí.

—¿ Quién, pues?

—Otros mas instruidos que yo; pero déjame ir, chicuelo; hasta la vista.

Y el canónigo, desprendiendo su túnica de las manos del pastorcillo, alejóse pausadamente con los ojos puestos en el libro.

El niño, triste y pensativo, no podia apartar los suyos de la senda, que se le habia vuelto solitaria desde que desapareciera por ella el canónigo.

Ralph, el perrazo negro de que tenemos hecha mencion, viendo á su tierno amo con la frente apoyada en el puño, y con el aspecto de aquel que se encuentra apesarado ó llora, acercósele para distraerle; ladróle y puso sus bastas y pesadas patas sobre el hombro del chico, á quien costó un trabajo inmenso guardar el equilibrio y no sucumbir bajo aquellas toscas caricias.

—Estáte, Ralph, díjole el niño, estáte....; Ay!; Dios mio!; cómo hiciera yo para poseer el secreto de saber leer!.... Eso no lo comprendes tú, Ralph; con tal que estés conmigo y con nuestros blancos carneros, lo demas nada te interesa: cuando has roído un hueso y ninguna oveja falta en el rebaño, te tiendes y duermes en paz.... Hasta hoy habia yo creído como tú, mi viejo, que se podía vivir en este estado; pero desde hace un momento, ¿ me entiendes? ya no es lo mismo.... siento como que algo me falta....; Y me miras, pobrecito animal! Pensarás que voy á ponerme á repetirte lo que ayer te decia á tí, mi confidente.... mi único amigo.... no, Ralph, no, hoy ya no envidio una choza para mí solito, ni ovejas, ni corderos, ni un aprisco, ni un establo, paja y praderas á discrecion.... no.... lo que yo quisiera tener.... es un librote como

el del canónigo de la túnica verde, y lo que deberías robarte, tú que tan á menudo robas al amo para mí algun pedazo de queso ó carne, lo que tú deberías robarte, Ralph, es el secreto de leerlo....; Dios mio, qué dichoso es el canónigo de la túnica verde!....; Ah! yo no podré llegar á ser dichoso, supuesto que no aprenderé á leer nunca.

Ralph movía la cola y parecia no comprender gran cosa en lo que le decia su amo. Así se pasó el dia; Juan, quejándose á su perro, y su perro escuchándole. Luego que se hizo noche, el niño y el perro hicieron levantar á las ovejas que estaban de trecho en trecho echadas, y despues de haberlas reunido el uno, y de haberlas contado el otro, ovejas, perro y pastor tomaron el camino del aprisco.

La chicuela Anita estaba en espera de Juan en el umbral de la puerta, con una jícara llena de leche caliente en una mano, y un pedazo de pan bazo en la otra.

—Toma, pastor, díjole, presentándole la jícara y el pan, la tia Berta ha vendido esta mañana su novillo; y como lo vendió por mi padre, nos ha enviado una gran hortera llena de leche, y mamá te guardó tu parte.... ahora estás contento, ¿ no es cierto?

Tomó Juan la jícara y el pan, sentóse en el suelo, y sin dar las gracias á la chicuela, púsose á comer, guardando silencio y suspirando.

—¡ Vamos! díjole Anita, poniéndose á su lado; ¿ dejaste acaso la lengua en la colina? Estás triste como un pastor que hubiera perdido el único carnero que tuviera.... Juan.... Juan.... ¿ quiéres contestarme?... si no, te prevengo que no te diré un secreto que he descubierto esta mañana.

—¡ Un secreto....! ¿ qué secreto?... exclamó Juan con prontitud, cesando de comer, para oír lo que le iba á decir Anita.

—¡ Ah curiosillo! dijo la maliciosa niña, amenazándole con el dedo.... adivínalo.... pero no, ya voy á decírtelo; porque mira, Juan, no es hacerte favor, pero así estuviera llena de secretos, de arriba abajo, la cabaña, que no descubrirías uno solo.

—Pero tú sí los descubrirías, contestó Juan malhumorado.

—¿ Yo? dijo Anita; ¡ ah!; muy astuto será el que pueda tenerme oculta por mucho tiempo alguna cosa!

—¿ Pero, cómo haces para eso, Anita? repuso Juan con mucho empeño.

—¡ Diantre, Juan! espío.

—¿ Espías, Anita?

—Quiero decir, que luego que conozco que se me quiere hacer misterio de algo, ya no me aparto de la persona que parece andar ocultándose de mí, siempre sigo sus huellas, con aquel ó con este pretesto;—voy

á levantaros el huso, madre;—voy á devanaros el lino, madre;—¿qué cosa? ¿me llamábais, madre?... Y de este modo descubrí esta mañana que iban á casar á Maruca con el gran Colás, hijo del molinero del puentecito.... ; una boda, Juan! añadió la chicuela, palmoteando de gozo; —¡Una boda! eso quiere decir, una, dos, tres, cuatro galletas con mantequilla fresca, cocidas en el horno.... ; Vamos! ¿nada dices á eso?

—¡Ah! ¿con que para adivinar un secreto es necesario espiarlo? dijo para sí Juan, que de la conversacion de la chicuela, no habia hecho alto sino en esto; luego dirigiéndose á Anita:

—Pero para espiar á las gentes, dijo, es preciso vivir con ellas, ¿es cierto?

—¡Lindo descubrimiento! contestó Anita riendo; sin duda, es necesario vivir con ellas, ó siquiera poderlas visitar cuantas veces uno quisiere.

—Gracias, Anita, dijo Juan, levantándose.

—¡Vamos! ¿pues dónde vas, pastor?

Juan, sin dar contestacion alguna, emprendió carrera á la casa del canónigo de Saint-Brice.

## II.

### El galopin.

Unicamente dominado de la idea de aprender á leer, sorprendiendo el secreto del eclesiástico, sin meditar, no obstante, los medios de que se serviría para conseguirlo, trasladóse Juan, de una carrera, á dos pasos del domicilio del canónigo; allí se detuvo, y púsose á mirar en derredor de sí.

—¿Qué haré ahora?... ¿De qué medio me valdré para presentarme?.....

Indeciso, confuso, con la frente empapada en sudor, enjugábase Juan con una mano, en tanto que con la otra acariciaba á Ralph, que le habia seguido y que parecia tambien preguntarle: “¿Qué vais á hacer, pobre amo mio?”

En aquel momento, niño y perro fueron percibidos por maese Forgeot, cocinero de S. E.

—Juan, gritó éste dirigiéndose al chico, acércate.... acércate, pues, y nada temas, añadió viendo la irresolucion del pastorcillo. Monseñor quiere, para el domingo, regularse con un cuarto de cordero; vé y dilo á tu amo; dile que me escoja el mas tierno, el mas gordo; anda; que le mate, que le descuelle, y antes de anochecer me lo traiga.

Volvió Juan á carrera tendida á su casa, y dos horas, antes de os-

curecer, hallábase en la cocina del canónigo con un cordero acabado de matar que colocó sobre la mesa.

—Aquí le teneis, dije.

—¡Escelente! contestó el cocinero registrando la carne.

—¡Diantres! es que lo entiendo; replicó el chico alentado con el elogio del gefe de gorro blanco de algodón..... y ademas, amo, una idea tengo, y es la de que despues de la satisfaccion de criar corderos, no hay otra, pareceme, como la de guisarlos..... ó ponerlos al asador.....

—Esceptuándose la de engullirselos, interrumpió en voz baja un galopin, haciendo al mismo tiempo ademán de lamerse los dedos.

—¡Todavía estás aquí, bribonzuelo! exclamó el gefe de cocina volviéndose colérico, y amenazando al galopin con un enorme cuchillo de su oficio. ¿Querrás acaso que te eche abajo las orejas, gloton maldito?

—¡Bah! tanta alharaca por unos cuantos bocaditos que me tomé de entre las sobras..... dijo el galopin entre dientes. En primer lugar lo que dije no es por el interes de quedarme aquí, Sr. Forgeot, porque el calor de vuestros hornos me sofoca; ¡viva el arie de los campos, de los prados, de las colinas! ¡uf.....! aquí perezco.....

—Pues bien, vete á perecer á otra parte..... dijo el gefe de cocina mirándole con menosprecio; eres prezeoso, embustero y gloton, y hé ahí tres defectos, ¡qué digo! tres vicios funestos al eminente arte de cocina, respecto del cual es indispensable ser activo, dedicado y sóbrio..... ahora bien, tengo órdenes, añadió el Sr. Forgeot, que van infaliblemente á ejecutarse, Domingo, vá á conducirte á ese aire libre que prefieres, y tus padres harán contigo lo que gusten; no te conviene el carbon, las cacerolas, ni las cazuelas; será de tí lo que Dios quiera..... Ea pues, márchate; mira esa puerta, no volverás á entrar por ella nunca.....

Terminaba el gefe de cocina esta arenga cuando su corpulento lacayo el Domingo de quien se habia hecho referencia, aparecióse, tomó al galopin de una oreja y haciéndole dar media vuelta á la derecha,

—Vamos, díjole, está ensillada ya la yegua; en ancas, pues, nene, y marchemos al monte, á respirar el aire libre supuesto que tanto te gusta. Y llevóse al galopin sin que este hubiese contestado una palabra.

—Os habeis, pues, quedado sin galopin, dijo Juan al maestro cocinero.

—Ya lo ves, chico.

—Y.... ¿cómo os compondreis ahora....? volvió á preguntar Juan con una intencion manifiesta. Una idea habia venido repentinamente á presentársele.

—Nos podemos estar sin él, replicó con indiferencia el cocinero afilando su cuchillo, para preparar el cordero que Juan acababa de traerle

—Dispensadme, disculpadme, amo, dijo entonces, y temblando el pastorcillo; yo quisiera..... que me dispenseis os pido..... quisiera, sin que lo lleveis á mal, haceros una preguntita.

—Ea, chicuelo, habla, contestó el cocinero sin volverse y al paso que descuartizaba su res; has de estar en que yo, con tal que no me contradigan, que cumplan con mi voluntad, que vayan siempre con mi opinion sea que diga blanco, sea que diga encarnado, sea que diga negro..... soy guapo muchacho. Vamos, habla, ¿qué quieres.....? Será por ventura ocupar el lugar del bribonzuelo que se ha ido?

—Vos lo habeis dicho, maestro, contestó Juan lleno de contento.

—Escúchame, chicuelo, continuó diciendo el cocinero moviendo á un lado y otro la cabeza, ese chico á quien acabas de ver salir es normando. El año pasado se nos vino aquí; era interesante; se le recibió en la repostería; uno le daba esto, otro, aquello; el hambrecillo creyó entonces acaso que no habia vida mas dichosa que la que se pasaba en la repostería y ofreció que en ella se quedaria desempeñando cualquiera colocacion que se le diese; yo le di la de galopin. Luego que se puso á funcionar varió de idea; disgustóle el oficio, y se condujo tan mal el bribon que nos daba mil chascos para que cansados de tenerle, volviésemos á llevarle á su casa. En fin, hoy mismo convino monseñor en ello, y acabas de verle marcharse. Así, en vista de lo que has presenciado, cuidado contigo. Si engolosinado por el olor de la cocina es únicamente por lo que te ha venido el antojo de entrar aquí, véte; he jurado que jamas me volveré á hacer cargo de muchachos que se hayan criado en el monte. Yo tomo mucho apego á mis galopines, y cuando se separan me aflijo.... estoy muy cierto de que mañana me faltarán algunos platos. ¡Ah maldito normando! ¡cómo si el olor del carbon fuese mal sano!

Juan, participando de la emocion del gefe de cocina, dijole:

—Pues bien, vamos, apegaos á mí, que á nadie tengo que en mí se interese; no tengo padres; vivo solo en el mundo.... Quiero ser vuestro galopin.

—¿Y tu amo?....

—No me necesita.

—¿Y tus carneros?

—¿Mis carneros?.... ¡ay!.... mis carneros son mi alegría, y tambien ocasionan mis pesares; mi alegría cuando los veo crecer, mis pesares cuando se les mata, como á ese pobre corderillo que con tanta destreza descuartizais.... ¿Creeis que no llorara yo esta tarde cuando ví al amo enterrarle el cuchillo en la garganta y correr su sangre, cuando oí al pobre animalito arrojar un balido lastimero, y observé que volvía

los ojos, estiraba sus pobres patas y se moria?.... Yo ví nacer al pobre corderito.

—Segun eso, ¿crees positivamente que tu vocacion es la de ser galopin?

—Galopin, galopin, repitió Juan, no es ese precisamente el oficio que yo habria elegido.

—Pues seria quizá el de cocinero, repuso el gefe mirando al chicuelo con orgullo.

—Tampoco, respondió éste riendo.

—Muy descontentadizo eres, pastor, repuso el gefe; no veo á qué otra cosa mejor puedas aspirar.... á no ser que quieras ser canónigo.

—¡Tal vez eso! exclamó Juan animándosele los ojos; pero ya que hablamos de canónigos, ¿dónde está monseñor?

—Está allá arriba, en su oratorio; ¡está leyendo un enorme libro!.... ¡Ah! ¿con que quieres tú ser canónigo? pues bien, no te lo tengo á mal, chicuelo; la ambicion no es incompatible con el arte de cocina, que es el mas hermoso, el mas útil que exista.... Si solo hubiera buenos cocineros, todo el mundo seria bueno, dichoso, humano, hospitalario.... Graba bien en tu memoria lo que voy á decirte, Juan; el buen cocinero hace que sean buenas las viandas, las buenas viandas hacen buen estómago, el buen estómago forma el buen carácter, el buen carácter dá jovialidad, la jovialidad forma amigos dichosos; luego.... el medio de ser dichoso consiste en esto: tened buen cocinero.

Llegaba á este punto de su magnífica alocucion el gefe de cocina, cuando le interrumpió la llegada del hortelano que venia á tomar órdenes de él con relacion á las verduras del dia siguiente.

—Voime con vos á la hortaliza, contestóle el gefe; y sin andarse en cumplimientos volvió la espalda á Juan y ausentóse.

No bien hubo desaparecido este hombre, cuando Juan, observando por todas partes si alguien no le veia, dispúsose, á su vez, á ausentarse de la cocina.

—El canónigo está allá arriba, en su oratorio; está leyendo su enorme libro: dijo para sí repitiendo lo que le habia dicho el cocinero: ¡si yo pudiese irme á ocultar adonde está y oírle otra vez leer aquellas lindezas! ¡Dios mio, cuánto me holgaria de ello! ¡De qué lindo secreto es dueño! pero juro que habré de descubrirlo.

Y cuando esto entre sí se decia, deslizábase como un gatillo, estrechándose contra las paredes de los corredores, saltaba por las escaleras, atravesaba á pasos largos aposentos abiertos, hasta que llegó por fin donde

había un cortinaje, delante del cual se estuvo mucho tiempo como clavado y sin atreverse á levantarlo.

Una anciana, ama de gobierno de la casa, que acertó á pasar por allí, viendo al pastorcillo, á quien conocia bien, en pié é inmóvil delante de aquel cortinaje, le dijo :

—¿Quieres, á lo que veo, hablar á monseñor, Juan? Salió para no tardarse diez minutos; pero entra en su oratorio, nada toques de lo que hay allí, y espéralo.

No se hizo repetir el chico estas palabras; dió gracias á la anciana con una seductiva sonrisa y suspendió el cortinaje.

Encontróse dentro de una pieza bastante espaciosa, que recibia la luz por arriba: una mesa, un reclinatorio, un crucifijo de piedra de tamaño natural y algunas imájenes de santos que estaban colgadas de las paredes adornaban aquel aposento, consagrado al rezo y á la meditacion. Pero no se entretuvo Juan en contemplar todo esto: desde que entrara al oratorio una sola cosa, una sola, le habia llamado la atencion, y era el enorme libro en que leyerá el canónigo aquellas lindas cosas á la sombra del bosque de acacias. Acercóse al libro con respeto, mirólo mucho tiempo sin atreverse á tocarlo, hasta que triz, observando que nadie venia, y no pudiendo ya dominar la curiosidad, que le ocasionaba como comezon en los dedos, lo tomó y abriólo.

Pero en vano, como le sucediera en el bosque de acacias, hubo de volverlo en diversos sentidos; nada pudo ver, nada pudo leer, y púsose á llorar de despecho.

—¿No es triste cosa, dijo, pensar que hay ahí tantas lindezas, y que por no saber leer me sucede lo mismo que si no existieran?...; Dios mio!...; Dios mio!... ¿cómo hiciera yo para ser dueño del secreto de la lectura?.....

Una voz que oyó á su espalda le hizo volver precipitadamente la cabeza: era la del canónigo.

—¿Tú aquí, Juan? dijole con amabilidad el canónigo; ¿qué es lo que me quieres, hijo mio?

—Monseñor, quisiera que me dieseis en vuestra casa el acomodo de galopin, contestó Juan con un aspecto como si hubiese tomado una resolucion repentina.

—¿Y tus carneros, y tus corderos, y tu perro? replicó el canónigo ademas, reflexiona en los beneficios que debes al tio Tomás y á su muger Dieguina.

—Monseñor, yo quisiera que me colocaseis en vuestra casa de galopin, repuso Juan encorvado como una cereza.

Sonrió el canónigo y sentóse.

—Mucho me holgaria de saber qué causa ha podido originar en tí una inclinacion tan repentina.

—El deseo de no separarme jamas de vos, monseñor.

—Segun eso, ¿me quieres mucho?

Juan, sin contestar, inclinó los ojos.

—Parece que te turba mi pregunta, repuso el santo hombre.

—Es porque no sois precisamente vos.... á quien quiero.... dijo Juan con candor y tartamudeando.

—¿A quién, pues? preguntó el canónigo no pudiendo impedir que asomase á sus labios una sonrisa.

—A vuestro enorme libro, monseñor.

—¿Y por amor á mi enorme libro, Juan, quieres hacerte galopin?

—Sí, monseñor.

—Confiésote, hijo mio, que desearia saber qué puede tener que ver mi enorme libro, que se llama la santa Biblia, con el oficio de galopin, al cual estás empeñado en dedicarte.

—Vais á saberlo, dijo Juan,—á todo aquel que sirve, ¿es cierto? se le paga de alguna manera.

—Qué es lo que quieres dar á entender con tu *de alguna manera*.

—Un chico á quien se coloca en la casa de un pastor, recibe su retribucion con aprender el oficio de pastor... un iluminador de estampas paga á aquel que le sirve, enseñándole su mismo oficio.... el que se acomoda en el taller de un zapatero, tiene por paga la instruccion en el oficio de zapatero....

—Comprendo, contestó el canónigo; pero tú, acomodándote en mi casa, puesto que soy canónigo de la santa capilla y consejero del parlamento, no puedes quedar pagado con aprender mi profesion, pues has de estar en que no tengo profesion sino títulos que proceden de mis empleos.

Cierto es, contestó Juan poniéndose triste. Luego, deshaciéndose repentinamente en llanto y uniendo las manos, exclamó:

—Monseñor, os es fácil pagarme.

—¿Con dinero? dijo el canónigo.

—No me habéis de eso! exclamó el chico.

—¿Pues con qué, Juan?

—¡Oh! si quisierais, monseñor, no solo seria vuestro galopin, vuestro sirviente, vuestro esclavo, sino que me tendrias sujeto en todo á vuestra voluntad, toda la vida.... todo esto haria yo si consintierais en enseñarme por único estipendio, el secreto que poseéis para leer en ese grande libro todas las chulas cosas que contiene.

Antes de que el canónigo hubiese podido contestar, oyóse un fuerte rumor hacía fuera, y luego retumbó en el oratorio la voz de maese Tomás que llamaba á Juan con todo el vigor de sus pulmones.

Suspendióse la mampara y aparecióse un hombre robusto, gordo y de pequeña estatura, que traía en la mano una estaca.

—¡ Ah, pastorzuelo! dijo percibiendo al chico y dirijiéndose hacia él con la estaca levantada.

—¡ Idos con tiento! maese Tomás, gritó el canónigo interponiéndose entre el amo y el niño. ¡ Idos con tiento! quisiera saber qué derecho teneis para venir á castigar á los que me sirven.

—¡ Cómo! ¿ á los que os sirven, monseñor? dijo maese Tomás aturrido de verse delante del canónigo, porque, segun le dijera la ama de gobierno, debía encontrar á Juan solo en el oratorio. Pero sin faltar al respeto que os debo, os digo que me pertenece ese bribonzuelo.

—Acaso seria de vuestra pertenencia esta mañana, contestó el canónigo, pero desde hará una hora entró á servirme.

—¡ Ah! de ese modo nos conducimos. . . . ¡ Ay, monseñor! preciso es que yo hable. . . . dijo sofocado el pastor. Razon tenia Anita; ¿ sabeis por qué ese ingrato chico quiere separarse de nosotros y venirse á serviros. . . . monseñor? Para hacer el oficio de espía; para sorprender vuestros secretos. . . . todos vuestros secretos. . . .

—¡ Oh! solo uno, exclamó en aquel momento el niño juntando las manos y cayendo de rodillas ante el canónigo; solo uno, y ese ya os lo he dicho, monseñor; aquel por medio del cual puede uno leer en el libro grandote.

El canónigo levantó con bondad á Juan.

—Querido niño, tendrás ese gusto; djole. Para que la simple lectura de un pasaje de la Biblia haya originado tan noble deseo en tu alma, es necesario que tu corazon sea tan noble, que tu inteligencia sea tan grande como grande y noble es ese libro. Tomás, se queda Juan á mi cuidado; desde hoy le constituyo uno de mis sirvientes, y pues abandona por instruirse los campos, sus rebaños y una vida sencilla y libre y se condena al cautiverio de las ciudades, me encargo yo de desarrollar en mis horas de ocio, esa tierna inteligencia. Dejadme ese niño, Tomás, ved que os lo ruego.

—Admirame la bondad de monseñor que ruega. . . . cuando puede mandar, contestó Tomás evidentemente embarazado; pero de veras. . . . mis animales y yo, incluyendo á mi muger y mis hijos. . . . tendremos mucho que hacer para acostumbrarnos á la ausencia de ese briboncillo. . . . y ademas, á pesar de sus pocos años, era muy sabio en esto de borregos;

*El rinconcito.*

¿Estais fatigado? lo dijo M. T.

Litog. de Decan.

muy sabio, monseñor, y con vuestra licencia sea dicho, que estuviesen enfermos, que estuviesen buenos y sanos, sabia qué era lo que debia dárseles. . . . Por esto me parece que mis animales no le olvidarán en mucho tiempo.

—Tampoco yo habré de olvidarles, dijo Juan deshaciéndose en lágrimas. . . . ¿Pero qué quereis que haga, nuestro amo Tomás? es preciso que yo sepa leer.

Algunos dias despues de esta conversacion y de la entrada de Juan en la casa del canónigo, separóse éste del campo para volverse á la ciudad; la despedida de Juan para con su familia adoptiva, fué de lo mas tierno, pero la que dirijió á sus carneros, uno tras otro, hizo llorar á todos los que la presenciaron. Sus pobres animales parecian comprender que iban á perder su protector y amigo; habia tomado un aspecto triste el aprisco.

Por lo demas, jamás los echó Juan en olvido, como lo demostró con el tiempo; porque despues de haber servido muchos años de criado en la casa del canónigo, y que éste le hubo cumplido su promesa enseñándole á leer y escribir, el único libro que por orden de Carlos V compuso en 1370, fué un tratadito sobre la crianza de carneros, de esta manera, intitulado: “Verdadero régimen y guia de los pastores y pastoras, que trata de la profesion, ciencia y práctica del arte de criar carneros y cuidar ovejas y otros animales lanares, por el rústico Juan de Brie, el “buen pastor.”

Esto es, niños, que me leéis, cuanto nos dice la historia con relacion á ese Juan que se hizo galopin por tal de aprender á leer.

**EL RINCONCITO.**

Mi objeto al haceros este relato histórico es el de demostraros, amiguitos míos, que por oscura que sea la condicion en que os haya hecho nacer el destino, es necesario que para nosotros mismos nos digamos: “Dios me ha dado, como á los demas de mis semejantes, corazon para sentir, fuerzas para elevarme.” No desmayeis, pues, aun cuando os encontréis en la más penosa situacion, en las más crueles angustias, y medita en que nuestra existencia es á menudo una prueba á que la Providencia nos somete para cerciorarse de si somos dignos de sus favores.